

Siempre estabas, Luvianka

Por *Francisco José Amparán*

Sí, eras muy hermosa, Luvianka. Aún teniendo al Standarten-führer SS Reinhard entre las piernas, eras extraordinariamente bella. Recuerdo tu pelo cayendo en capas doradas, una tras otra, sobre los hombros, torneados y blancos. Tu cara semejaba la de la Virgen de la capilla en el camino a Lublin, después del recodo. Eso lo recuerdo muy bien, porque pasaba cada semana por ahí, para comerciar con mis mercancías. Era una capilla pequeña, con un campanario alto, espigado. En eso también se parecía a ti. Cuando llegaba el invierno y se cubría de nieve, eran idénticas, te lo juro. Siempre me paraba ahí, para recordar y compararte. Alzaba los ojos y sonreía al ver la campana en lo alto. Sólo se parecía a tikuando tintineaba, melodiosa, llamando al Angelus. Sí, entonces era tu voz la que caía en trozos desde ahí, me llamaba y cantaba, aunque sin el eco que siempre dejabas al hablar. Después, cuando continuaba mi camino, dando de latigazos a los bueyes que jalaban cansados la carreta, seguían buscando en el bosque, en los puentes, en los ribazos, algo que se te pareciera. Y lo encontraba. Aquí los abetos, armoniosos y frescos, despidiendo el perfume que emanaba de ti. Allá, el trino de los gorriones, que, con el eco ausente, pretendía simular tu voz cuando cantabas en el festival de San Estanislao. Siempre estabas, Luvianka.

Habías estado desde que cumpliste 17 años. Fue en 1938, cuando te encontré en la plaza, caminando junto a tu madre. Recuerdo que les ofrecí un ramo de violetas. Tu madre no las quería comprar, pero le dije "son para la niña" y las tomó, de mala gana. Me sonreíste, y eso es lo que más recuerdo. Desde entonces, Luvianka, estuviste. El pueblo era pequeño y pude conocerte mejor, espiando, preguntando, pero sintiéndote mía, conociéndote como nadie. En cuanto lo creí conveniente, te empecé a hablar, acompañándote cuando salías de la panadería llevando las hogazas calientes a la casa, donde te esperaba tu madre, en su eterna labor de costura. Y aquellas caminatas eran hermosas, porque el sol se empezaba a ocultar a esas horas, detrás de las montañas, y te decía que seguro que Sieldce se estaba incendiando en ese momento, porque tanto fuego cayendo obre la ciudad tenía que acabar con todo. Te reías, con aquella risa cantarina, y te burlabas de mí. Eran burlas inocentes, amistosas, no como las del resto de la gente. Siempre fuiste muy buena conmigo. ¿Te digo una cosa? Entonces creí que podríamos ser novios, y que, a su tiempo, nos casaríamos y, con media docena de niños, seríamos felices en una casita afuera del pueblo. Sabía que más de un muchacho te pretendía. Pero eso no me importaba.

Llegó 1939. ¿Te acuerdas? Las hojas se habían puesto amarillas, creo que más que de costumbre, y ya empezaban a caer, empapelando los caminos y los campos, cuando los empleados municipales empezaron a pegar aquellos cartelones rojos sobre las paredes de las casas y de los comercios. Era el llamado a filas. Todos serían reservistas del ejército, el país estaba en guerra, era el deber. El deber de todos, menos el mío. Mi pierna derecha lisiada, mi lastre y mi perdición, el blanco de todas las burlas, ahora se convertía en salvadora. Yo fui el que se reía aquel septiembre. Me sentaba en el suelo y miraba burlón a todos los muchachos, muchos de tus pretendientes, y los venerables hombres maduros, salir del pueblo con su mochila rumbo a Brest Litowsk, para incorporarse a sus regimientos.

¡Qué feliz me sentí entonces! La campiña, el río, el pueblo, incluso la capilla del camino a Lublin, todo quedaba solo para nosotros dos, Luvianka. No había ya gente necia que nos estorbara con su presencia y sus palabras. Era nuestro, y podríamos compartir nuestras ideas y nuestros sueños, todo, sin miradas reproadoras o de desdén, sin tener que oír ya las burlas y las vejaciones, sin esperar que volvieras del pajar con aquel muchacho hosco del brazo. Sí, todo era nuestro.

Hasta que llegaron los alemanes. Entraron por la puerta del Oeste, con sus grandes máquinas y camiones, con aquel estruendo y olor a gasolina que nos llenaba. Casi todo el mundo huyó, sólo para encontrarse con que Brest estaba ocupado ya por los rusos. Eso también me dio mucha risa. Huir de los alemanes para caer con los rusos. Claro que nosotros no huíamos, Luvianka. ¿Qué podría pretender yo, con mi pierna inútil y mi carro de bueyes? ¿Cómo podías dejar a tu madre, tísica e incapacitada de moverse de su casa? Huir era idiota, siempre me lo pareció. Y entre rusos y alemanes, la verdad, todavía no encuentro mucha diferencia. Alguna gente regresó, sí, pero de los hombres, de muchos de ellos, no se volvió a saber nada. Mejor. Creo que sólo nos hubieran estorbado. Y también a los alemanes, y sobre todo, al Standartenführer SS Reinhard.

Era alto, rubio, de ojos azules, como tú. Entró en un carro descubierto, de pie, mirando a un lado y otro con firmeza. Me pareció simpático a primera vista, y creo que a ti también. Se veía muy marcial con su uniforme gris y sus insignias plateadas. No era muy joven, pero lo parecía, por su cuerpo robusto y la cara añorada con los ojos tan azules. Me fijé que inmediatamente le llamaste la atención. Cuando te vio recargada en uno de los pilares de la plaza, sus ojos brillaron. Sonrió, y fue una de las pocas sonrisas que se le llegaron a ver, se inclinó y dijo algo a su ayudante que iba atrás. Al día siguiente fueron a tu casa aquellos dos soldados, con sus cascos bruñidos, a decirte que el coronel Reinhard precisaba de servicio doméstico en su casa, la que había sido el gordo señor Lugov. Tu madre se oponía, pero ¿qué se podía hacer? Fuiste esa misma tarde, y no regresaste sino hasta el siguiente día, que dijiste a tu madre que el Standartenführer te permitiría visitarla cada tercer día, y que te pagaría bien. No le quedó más remedio que aceptar. Creo que fue un mes después cuando murió. ¿O fueron dos?

Los alemanes no pagaban muy bien mis productos, por lo que ofrecí mis servicios como jardinero al coronel. No pedía más que comida y hospedaje. El gordo Lugov había mantenido siempre en perfecto estado su hermoso jardín. Pero él había huído al norte, hacia Lituania, y su jardinero fue enrolado en el ejército. Al Standartenführer le agradaban los prados y los rosales, y aceptó de buena gana mi solicitud. Sólo me preguntó si era judío, mi edad y cosas por el estilo. No hubo ningún problema, y pronto empecé a podar, cortar, sembrar y cuidar las plantas que hasta entoces, sólo había podido admirar de lejos, desde el otro lado de los setos que rodeaban la casa del señor Lugov, el gordo comerciante. Entonces pude estar cerca de ti, Luvianka, viviendo en la misma casa. Te veías simpática con aquel delantal verde, desempolvando los muebles, poniendo las figurillas de cerámica en su lugar, ordenando todo. Y luego, en las noches, cuando dormías con el coronel, seguramente te veías más hermosa, más radiante. Por eso nunca te cambió, como me contó el tuerto Buchavsky que hacían otros jefes militares en los pueblos de los alrededores. No, él te prefería, como yo, y no te hubiera cambiado por nada. Ni nosotros a él. No nos trataba mal, ni nos golpeaba como a los judíos del pueblo, a los que un día mandaron en camiones a Bergen-Belsen, creo que cerca de Cracovia, para repoblar el lugar. Siempre había pensado que por allá hay muchas ciudades, pero sólo Dios sabe para qué las iban a repoblar, y menos por qué con judíos. El caso es que a nosotros nunca nos hizo nada malo. Al contrario. Cuando había banquetes, y venían los jefes de toda la región, a veces nos dejaba comer las sobras de la comida y los vinos. De cualquier manera comíamos bien, con banquete o sin él. Y eso era difícil desde aquel verano en que Brest fue ocupado por los alemanes, y la comida se racionó aún más en el pueblo, porque debía destinarse a las tropas alemanas que ahora peleaban contra los rusos. ¿Te acuerdas, Luvianka, del sonido apagado de los cañones allá en el oriente, en aquel principio de verano, el día más largo de 1941?

Entonces empezaron a pasar camiones y más camiones, llenos de soldados, rumbo al oriente. Nunca se paraban en el pueblo. Siempre seguían de frente,

sin dejar sus caras largas y bien rasuradas. Luego eran los tanques. ¿Los recuerdas? La primera vez que los ví, me asusté. Eran monstruosos, y el chirriar de sus bandas de hierro producían escalofríos al que no estuviera acostumbrado a oírlo. Generalmente pasaban de noche, pero cuando lo hacían de día, el Standartenführer se paraba sobre un tanque ligero, para levantar el brazo y sonreír mientras los camiones y los tanques rodaban hacia la nueva frontera, que, según contaba el tuerto Buchavsky, cada vez estaba más hacia el este. Y tú y yo seguíamos aquí, sin preocuparnos de qué podía estar pasando allá o en otro lado. Tú estabas cada vez más hermosa. Eso era lo único que distinguía un día de otro. Cada día te veía salir de la alcoba con el pelo más dorado, con la piel más suave y más blanca. Y yo seguía podando los rosales y tú seguías estando, como siempre. A decir verdad, el coronel y sus galanteos nunca me importaron, porque tú seguías ahí, y aunque la casita y los niños no parecían posibles en un lapso corto de tiempo, era lo de menos para mí. Sería el año siguiente, o si no, el otro o el otro. Tú seguías estando, y era todo lo que importaba.

Así pasó el tiempo. Fueron bellos días, teniéndote cerca, siempre en la misma casa, los dos bajo el mismo techo. Nunca salíamos al pueblo. Los pocos que quedaban, nos llamaban traidores o colaboracionistas. Pero eso no importaba. Ellos no comían tan bien, ni te tenían cerca como yo. Y tú no necesitabas salir. Allí brillabas como un sol. Eramos felices. Los dos así, próximos; yo mirándote de reojo, casi a escondidas, para no despertar recelos en el coronel Reinhard, sobre todo desde aquella vez en que entré a la alcoba con un aguamanil enviado por Wilhem, su ordenanza, y lo encontré montado sobre ti, y pude ver tus pechos blancos y tu vientre plano, cálido. El coronel se encolerizó y me echó fuera; después se reía de aquello, e incluso me gastaba bromas. Pero ya no te pude ver con desenfado; aunque lo mío y lo tuyo seguían siendo lo mismo, ¿verdad, Luvianka?

Aquel invierno las cosas empezaron a cambiar. El Standartenführer SS salía continuamente al frente de batalla, que estaba ya muy cerca. Tuviste que pasar las noches sola, vigilada por Wilhem, que una que otra vez se coló a la alcoba. No me puedes ocultar nada, Luvianka, yo lo sé, te vigilaba, sí, puedes decir que te espiaba. Era para cuidarte, sólo para eso. El coronel regresaba cada vez más preocupado, más cabizbajo. Y eso se reflejaba en el ánimo de todos, menos en el tuyo, que seguías alegre y bulliciosa. Estando presente o no el coronel, siempre eras la chiquilla que yo conocí un día en la plaza, a la que regalé un ramo de violetas.

Una noche el Standartenführer SS Reinhard no regresó. Wilhem se puso nervioso. Dijo algo sobre la ruptura del frente, de los rusos, cosas ininteligibles. Yo me encerré en mi cuarto, a un lado del jardín y en la mañana, por la ventana pude ver a los soldados aquellos, con su uniforme café y su manta cruzada sobre el pecho y espada, disparando sus ametralladoras. Pobre Wilhem, lo despedazaron. Salí entonces y los rusos, viéndome lisiado y vestido de paisano, no me hicieron nada. Me obligaron a subir las escaleras de la casa. Me pusieron frente a ti. Uno de ellos, aquél que hablaba polaco, el de mirada hosca y dura, me preguntó si te conocía. Le dije que no. Luego preguntó si era colaboracionista. Le dije que no sabía. ¿Recuerdas su rostro cuando dijo que viera lo que le hacía a los colaboracionistas? Lo debes recordar, Luvianka, porque cuando con un bofetón te arrojó a la alfombra, y ahí, uno por uno, te fueron violando los del pelotón, mientras tú gritabas y arañabas y sangrabas. Después me volvió a preguntar. Le repetí que no y le pedí su pistola. Fue cuando te di el balazo en la sien. Estabas tendida en la alfombra, con la ropa desgarrada, tus senos al aire, blancos, purísimos, tu cara de Virgen, salpicada, pero no por eso menos blanca, y tu pelo dorado, remedando una vez más los trigales del camino a Lublin, esparcidos ante mis ojos y los ojos de esos hombres, admirados por tu belleza.

Eras muy hermosa, Luvianka.